Citazione bibliografica: Anonym (García de Cañuelo, Luis; Pereira, Luis Marcelino) (Ed.): "Discurso CXXVII", in: *El Censor*, Vol.6\127 (1786), pp. 1129-1143, edito in: Ertler, Klaus-Dieter / Hobisch, Elisabeth (Ed.): Gli "Spectators" nel contesto internazionale. Edizione digitale, Graz 2011-2019, hdl.handle.net/11471/513.20.531

Discurso CXXVII

*Nil prodest, quod non laedere possit idem.
Igne quid utilius? si quis tamen urere tecta
Comparat, audaces instruit igne manus.
Eripit interdum, modo dat Medicina salutem;
Quaeque jurvet monstrat; quaeque sit herba nocens.
Et latro & cautus praecingitur ense viator;
Ille sed insidias, hic sibi portat opem.
Discitur innocuas ut agat facundia causas:
Protegit haec sontes, immeritosque premit.*

Ovid. Lib. II. Trist. v. 266.

Nada es tan provechoso
Que no pueda eso mismo ser dañoso.
¿Qué hay mas útil que el fuego?
Y el que incendiar la casa intenta; luego
Fuego busca, é insano
Arma del fuego su atrevida mano.
Ahora da la salud, ahora la muerte
La medicina; y de la misma suerte
Que qual la provechosa
Qual sea tambien la yerba venenosa
Nos hace conocer. El foragido
Ladron, como el Viajero prevenido
Espada ciñen: mas de aquel su intento
Es hacerla del robo un instrumento:
Este busca prudente
En ella su defensa solamente.
Se aprende la eloqüencia
Para patrocinar á la inocencia:
Y á los malos protege; y muchas veces
Te oprime quando menos lo mereces.

Sin embargo de quanto he dicho en mis anteriores Discursos, me parecen muy disculpables los Teologos y Políticos que declaman contra el luxo. El que se presenta por todas partes á sus ojos, merece ciertamente toda la acrimonia de sus invectivas: y su error está solo en atribuirle siempre y esencialmente unos efectos, que no produce sino en una hipotesi, bien que por desgracia la unica que ven verificada. Bien lexos de seguir, como debiera, á la industria y á los talentos, y de ser proporcionado á la aplicacion que de ellos hace cada uno en beneficio de los demas hombres, es esta un estorbo para la adquisicion de las riquezas, que son su fundamento. La suerte del nacer adjudica una gran parte de ellas, y las adjudica de un modo que por ningun acontecimiento pueden salir de las manos de aquel á quien las adjudica: y la otra parte es la recompensa de unas ocupaciones

casi inútiles, y un título para eximirse aun de estas ocupaciones luego que una vez se ha conseguido este último fin a que se dirigen. Así que un gran número de ciudadanos puede vivir en el lujo más extremado, y al mismo tiempo en la inacción: y pudiendo, es inevitable que lo haga, como efectivamente lo hace; porque el trabajo no es amable sino en cuanto conduce á la comodidad, y es necesario para ella. Pero una alianza tan monstruosa y tan opuesta al orden, como es la de la ociosidad y el lujo, no puede menos de traer consigo toda suerte de males, y la ruina de la nación, á quien haya favorecido más la naturaleza.

Por de contado la corrupción de las costumbres es un efecto necesario de ella. Yo lo he hecho ver en otro Discurso, y es esta una cosa en que tengo por escusado detenerme; porque nadie, á lo que creo, la pondrá en duda. La alianza de la ociosidad con el lujo, supone la de la ociosidad con las riquezas: y si aquella es por sí sola la madre de todos los vicios; ¿qué no será quando se junta con estas que facilitan al que las posee la satisfacción de los apetitos más desordenados?

Pero las costumbres, así como de la felicidad de los Particulares, deciden de la prosperidad de los Pueblos. Ellas son poderosas para inutilizar la constitución más sabia, y pueden hacer suave hasta el despotismo. Lisandro no alteró la forma de gobierno que había dado Licurgo á su patria, y largo tiempo después de las batallas de Leuctres y de Mantinea conservaba aun el miserable Espartano la autoridad soberana, sus Reyes, sus Ephoros y su Senado. ¿Qué nación más floreciente que los Egipcios no obstante el poder sin límites de sus Reyes, mientras no fueron corrompidos por la ambición de Sesostris?

No: nada es capaz de alterar esta sabia ley de la naturaleza, que hizo de la felicidad el premio indefectible de la virtud, como á la infelicidad y á la miseria las compañeras inseparables del vicio. Y si tal vez parece derogarla su Autor, engrandeciendo un pueblo vicioso; es esta una prosperidad ó solo aparente, ó que, semejante al esfuerzo de llama que termina, es bien presto seguida del abatimiento y la miseria. Si se sirve de los vicios de una nación para abatir á otra todavía más viciosa; tal es el orden que ha establecido en el Universo, que por una consecuencia necesaria de él, jamás dexa de ser en breve destruido el instrumento de su venganza.

Siendo pues la corrupción un efecto inevitable del lujo quando se asocia con la ociosidad; esta asociación no puede menos de hacer miserable al Estado que la sufra en su seno, de atraerle los reberes más funestos, y de causar tarde ó temprano su destrucción total. Un desorden igual en las costumbres de sus vecinos, ó el concurso de algunas circunstancias no ordinarias podrá ponerle á cubierto de los insultos extraños, ó en estado de repelerlos. Pero el bien así como un árbol viciado en su raíz que no aguarda el golpe del hacha para secarse y caer en tierra, se irá por sí mismo debilitando y consumiendo. El será siempre infeliz en su interior; y su duración no será sino una prolongación de miseria, como lo es de angustia y de dolor la vida de aquel á quien devora una ptisis incurable. En efecto la felicidad de un Estado no se distingue de la felicidad política de sus individuos, y esta consiste principalmente en la seguridad y confianza, con que cada uno vive de que sus derechos serán siempre respetados y de que nada tiene que temer de la injusticia de otro hombre. ¿Y cómo es dable que haya semejante seguridad en un Pueblo en el qual haya cundido la relajación? ¿Qué Ciudadano se entregará al sueño fiado en que la ley vela por él?

En donde quiera que hay unos hombres más ricos que otros es imposible que en aquellos no recaigan las magistraturas y toda suerte de cargos públicos á que corresponda alguna dignidad. Y esto lexos de tener inconveniente quando las riquezas son necesariamente el fruto del trabajo y de la industria, conviene antes bien que así suceda; porque entonces los más ricos son también los más á propósito para desempeñarlos; pues son precisamente los hombres de mayores talentos, los más aplicados, y consiguientemente los más virtuosos. Solo un vicio es en este caso compatible con las riquezas: es á saber la avaricia; y una legislación sabia logrará con mucha facilidad que los avaros sean cabalmente los que no aspiren á las dignidades con hacer solo que en vez de ser estos unos medios de aumentar las riquezas sean por el contrario unas ocasiones de expenderlas y que las fatigas y desvelos que requieren, tengan por única recompensa la estimación y respeto público. Por otra parte; con pocas precauciones que tomen las leyes, nada habrá que temer del abuso de la autoridad; ya porque la diferencia entre las fortunas de los ciudadanos no puede ser excesiva, y porque estas van bajando por grados insensibles desde los más ricos hasta los que lo son menos, ya también por la unidad, que es forzoso haya entre todos de intereses.

Más quando las riquezas pueden no ser frutos del trabajo y de la industria, y no son incompatibles con la inacción; solo por un acaso sucede que se hallen con ellas los talentos y prendas convenientes para el buen desempeño de las dignidades: y si por ventura se hallan; la corrupción, que las acompaña, las hace más perniciosas

que utiles. Además de que como es casi imposible esta compatibilidad del ocio y de las riquezas sin que una legislación parcial vincule gran parte de estas en ciertas familias, de manera que no puedan salir de ellas; ha de resultar de aquí precisamente una suma contrariedad entre los intereses de las familias predilectas y los del resto del pueblo. Aquellas nada dexarán que hacer para adelantar los suyos; y depositada en sus manos la autoridad ¿qué leyes serán bastantemente poderosas para estorbar su abuso? Las más sabias las más imparciales serán, según la comparación de Anacharsis, como las telas de araña, que aprisionan á los animales más débiles y dexan pasar libremente á los más fuertes. En la Magistratura, en el mando de las armas, en la administración de las Rentas públicas no se verá sino la facilidad de oprimir á la porción más numerosa, pero más débil del pueblo: sus derechos más esenciales serán atropellados; y bien presto la república se compondrá toda de tiranos y de esclavos.

Las riquezas y bienes que posee una nación, á no ser fruto de una violencia hecha á otra nación, son siempre el producto, y por consiguiente el valor natural y verdadero del trabajo y de la industria de todos sus individuos. Porque la naturaleza nada nos da, sino acosta de nuestro sudor. Si el Español sin tener parte en su producción ni en su conducción, sazona sus manjares con las especias del Oriente, que el Holandés trae á sus puertos; no es sino acosta del oro que extraxo de las minas ó de otras producciones que asimismo debe á sus brazos: y estas especias vienen á ser por tanto un verdadero fruto una verdadera representación del valor de su trabajo. El precio pues que naturalmente corresponde al trabajo, y á la industria de cada ciudadano es siempre una parte de las riquezas de toda la Sociedad proporcional á la parte que ha tenido en su producción ó conservación. Así que habiendo alguno, que sin contribuir mediata, ó inmediatamente á lo uno ni á lo otro, disfruta no obstante una porción de ellas; es evidente que algún otro está privado del verdadero valor de su industria: y en donde hay muchos ricos en la ociosidad, es seguro que ningún trabajo, ninguna industria útil logra la recompensa que la es debida. Nuestros Mayores, decía un Emperador de la China, tenían por máxima, que si había un hombre que no trabajase, ó una muger que no hilase, alguno en el imperio sufría hambre ó frío. Y yo no sé que haya en la Geometría misma cosa evidente, si todo este razonamiento no lo es. Sin embargo quiero aun presentarlo á otra luz para hacer más sensibles las fatales consecuencias que de aquí se derivan.

Para que el lujo se asocie con la ociosidad es preciso que las riquezas y los fondos, que las producen, se reúnan en pocas manos, y que haya por tanto un gran número de ciudadanos precisados á vender á los dueños de estos fondos su trabajo. Porque bajando el precio de todas las cosas á proporción que se aumenta el número de vendedores y se disminuye el de los compradores, es consecuencia forzosa que el trabajo que se emplea en hacer valer estos fondos sea pagado con una parte de sus frutos menor que la que naturalmente le corresponde. Igual suerte comprende á la industria empleada en las artes de primera necesidad; y seguramente llegaría á no tener por recompensa, ni aun lo absolutamente necesario para la vida, si la mendiguez y ciertas ocupaciones que hace fructuosas la vanidad de los ricos no quitasen á estas profesiones una multitud de brazos.

No quiero pararme en la injusticia que envuelve este desfaldo que padecen las industrias útiles. ¿Pero cuáles son los efectos de esta deserción que hace experimentar á la agricultura y á las artes de necesidad? Que acortado el número de sus profesores escaseen en el Estado las cosas necesarias: que se aumente su precio; y que suba asimismo por último el valor del trabajo. Que suba, digo; pero de un modo que no hace mejor la suerte del trabajador; porque de nada le sirve percibir ocho por lo que solamente percibía cuatro, si en la misma razón crece el precio de las cosas que consume. Bien lejos de favorecer á la industria semejante aumento hace caer necesariamente, no solo á la que se emplea en las cosas de necesidad, mas aun también á la que se ocupa en las de lujo. En efecto él pone al Extranjero en estado de dar sus manufacturas más baratas é imposibilita al Artista nacional de sostener su concurrencia. De aquí la falta de ocupación útil: de esta falta la despoblación; y de una y otra causa la pobreza general del Estado, y una disminución en los haberes de los mismos ricos, que aunque no se les hace perceptible, ya por la lentitud con que se verifica, ya también porque empobreciéndose en igual razón el resto del pueblo, conservan siempre respecto de este la misma superioridad; no por eso es menos real ni menos ruinosa para los que la sufren; pues que hace su suerte muy inferior á la de las gentes de su condición en otras naciones. Y he aquí como la compatibilidad del ocio y las riquezas produce al cabo la pobreza y es perjudicial á aquellos mismos á quienes más parece favorecer. Tan cierto es que el buen estar de cada Particular está esencialmente enlazado con la felicidad pública, y que un hombre no puede ser feliz en donde todos los de más son infelices.